

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

DIABÓLICA

Era alucinación de los sentidos o triste realidad? El con su figura repugnante, horrible, como de condenado, se me iba acercando... acercando y yo temblaba de miedo, sin saber cómo huir de su presencia, cuya sola vista es tormento el más horrible. Hice la señal de la cruz con fervor y repetidas veces y entonces aquella espantable visión infernal se contuvo bramando de coraje pero ¡ay! sin desaparecer... ¿Qué quería de mí? ¿Por qué así se me mostraba y tan obstinadamente?

—Vengo a decirte que es inútil tú labor por la salvación de las almas, mis eternas enemigas, que deseo atormentar siempre ¡siempre! en mis antros de maldición. No insistas, pues, en tu tarea. El mundo me pertenece. Los hombres son del mundo y me pertenecen también...

—Los hombres son de Dios, redimidos con su preciosa sangre y sólo te pertenecerán aquellos que voluntariamente se te entreguen.

—Mi poder es grande, inmenso...

—Tu poder no llega más que hasta donde Dios permite. El te condenó eternamente por tu soberbia.

—Y conmigo quiero y trabajo la perdición de toda la humanidad.

—Gran parte de ella te ha vencido a pesar de tus tretas. Mira al cielo y ve qué legiones de santos lo pueblan.

—¡No me mandes mirar a lo que perdi para siempre! Mira tu mis dominios y verás que no tienen término; también están cuajados de almas que lloran desesperadas lo que antes reían engañadas por mí.

Y vuelvo a insistir: vengo a decirlos a los que, necios, me haceis la guerra, que no habréis de conseguir nada con vuestras propagandas.

—Dios las inspira, Dios las ayuda. Salidremos vencedores.

—¿Pero es que te has creído que todos esos que te parecen creyentes y piadosos lo son de verdad?

Ven conmigo y convéncete.

Por no sé qué influjo misterioso tuve que seguirle, pero siempre invocando el nombre de Dios para evitar sorpresas y caídas.

.....
Ciudad grande, populosa, elegante, alegre y confiada en su valer. Todos ríen y gozan, pero no obedeciendo a Dios sino al demonio, que me mira orgulloso y con aire de triunfador.

Muchas iglesias hay en este pueblo católico... Miralas casi desiertas. Mira ahora mis centros de caza, cuajaditos de...

católicos por la mañana y mundanos muy mundanos después. Lo mezclan todo, lo confunden todo, la virtud y el vicio, la desvergüenza con las modas, la verdad con el error, y hasta la caridad con esas juerguecitas y esos bailes y esas canciones y esos *artistas* tan de su gusto. No les pidas a estos piadosos de oropel sufrir por Cristo, ni lo más mínimo, pero todo lo sufren y lo toleran por mí, ¡já, já, já!...

—Almas buenas bastantes habrá en esa ciudad...

—Contempla ese cuadro. ¿Quieres que te lo explique? Es una prueba plena de mis triunfos. Un fraile predica a esa multitud y le dice que caen almas en los infiernos como las hojas del árbol que tiene al lado; mira al árbol, se ha quedado casi sin hojas. Cuéntalas... ¡já, já, já! ¿ya acabaste?... ¡Qué pronto!

Ea, vámonos a uno de esos pueblecitos tranquilos, patriarcales... Mira a ellas con qué lujo de mi patrón se exhiben; mira a ellos procaces, viciosos, descreídos, irreverentes... es moda ser así, es la moda que yo impuse. Se blasfema mucho, se murmura y se quitan honras y se roba y se asesina y se lee lo malo y se desprecia lo bueno. Ya se lo que me vas a decir: que en la mayor parte de las casas de este pueblecito se reza el rosario en familia todas las noches, y eso le salvará. Bah, eso no me preocupa, pues mientras lo rezan rutinariamente, en todo piensan menos en lo que invocan. *Dicen* el rosario, pero no lo sienten. Es una burla más que me agrada, que recen el rosario así y que vayan a misa a llamar la atención para darme gusto.

Hubo un tiempo que el rosario me arrebató muchas almas; hoy pocas, muy pocas.

No tengo inconveniente en entrar contigo en el templo, pero haz el favor de no tocarme siquiera con el agua bendita, porque salto. ¡Míralos!... ¡míralos!... Entran y lo primero que hacen el gran garabato, creyendo que hacen la señal de la cruz; ya son míos. Y porque son míos, rien en la iglesia y cuchichean y ni se arrodillan, y con eso de *las sillas*, que me está resultando de efectos maravillosos, arman un baturrillo infernal; es decir, de mi pertenencia. Aquí en los templos tengo pesca abundante; no se viene a orar, se viene a burlarse de mi eterno enemigo, Jesús.

¿Ves aquel señor tan devoto? No me alarma. Ni se porta bien con sus obreros ni con sus criados.

De todos modos salgamos, salgamos... casi me ahogo; yo aquí estoy mal.

—Espera que van a predicar el evan-

gelio, y puede que todos esos desgraciados que tan entregados viven a tí, conozcan sus faltas y te abandonen... quiero verlo así, tener ese consuelo...

—Sí, ¿eh? ¡Menudo desengaño te vas a llevar!

¿Ya terminó *ese*, verdad? Mis diablillos cumplen bien su cometido; oye lo que salen diciendo del sermón los *fieles*: «Este pobre cura qué exagerado es. Qué poco sabe de mundo; vive fuera de la realidad, libre de las exigencias sociales y por eso habla así...»

Ahí tienes el fruto del sermón.

Vámonos al cuartel con mis soldados... mis amigos en la paz. En la guerra les tengo un poco de miedo; muchos se arrepienten y los pierdo para siempre. Por eso me alarma esta clase de castigos que Dios manda a los pueblos que se me entregan; también las epidemias... ¡Ah, si yo pudiera satisfacer por mí falta por aquel *no serviré* maldito... pero ya es imposible, imposible!

Anda, vámonos al cuartel y sus proximidades. Esos valientes defensores de la Patria no se atreven a ser valientes defensores de sus almas y por una risita o un pequeño *qué dirán* se me entregan. Difícil es que quien en estos sitios entra enemigo mío no salga amigo incondicional.

Bueno sí... tienen un Rey que me ha dado el gran bofetón con eso del Cerro de los Angeles, y algunos otros disgustillos con su valentía religiosa, pero no importa ¡venceré!

—¿Vencerás? ¡No! Tenemos una Madre que es Inmaculada, que no te ha pertenecido ni un instante siquiera, una Madre que es poderosísima porque es a la vez Madre de Dios. Ella ha puesto su pie sobre tu cabeza y te ha vencido, y cuantos a ella invoquemos tantos seremos también, con su auxilio, tus vencedores. Sólo aquel que quiera ser vencido por tí lo será; los demás ninguno.

—Me valgo de muchos sofismas, de muchos espejismos de felicidad para perder las almas y así me he ido apoderando hasta de la niñez.

Fíjate ¡si ya no hay niños! Contemplales en sus juegos *infantiles*; blasfeman como los hombres, se envician como los hombres, se revelan contra todo y contra todos, hasta contra sus padres, como yo un tiempo contra Dios. El *non servian* cunde. No hay niñas tampoco... escucha lo que esas se dicen al oído con miradas maliciosas... ¡y son *comulgantes*!... ¿Por qué te escandalizas? ¿Qué oíste? ¡Son hijas de muy buenas familias... muy cristianas... ¡ja, ja, ja! Pero eso de teatros, de novelas, de cánticos,

de cines, todo de mi escogido repertorio, se permiten hacerlo delante de sus papás, que no les gusta ser *mofigatos*; a mi sí me gusta su proceder y su modo de pensar a lo mundano.

Y ahora, para despedirme de ti, ahí te va ese bofetón, periodista enemigo: los *tuyos*, los católicos que se pregonan, más ayudan a mi prensa, donde bullen los escritores que me han vendido el alma por un puñado de dinero y de honores, que a la tuya, donde se pide lo que no se puede dar: virtud y sacrificio. Anda, seguid agitandoos tu y tus compañeros en el vacío de la indiferencia general.

El estruendo de la despedida fué formidable. Todo a mi alrededor se conmovió como agitado por fuerte terremoto. ¡Huyó la visión infernal! Enseñándome sus dominios creyó hacerme desistir en mis propagandas llevando a mi corazón el pesimismo, el desaliento, el cansancio.

Son muchos, es verdad, los que siguen a Lucifer, los que se condenan con él, pero no por esto el propagandista católico ha de abandonar sus trabajos; siempre fueron incontables las miserias de este mundo, sus trabajos y sus crímenes, pero también son incontables las almas arrebatadas al demonio con una buena lectura, con un buen consejo, una buena acción, una desinteresada ayuda, y un alma sólo que fuera la salvada por estos medios sería bastante a pagar toda la labor del propagandista católico, puesto que un alma tiene por precio la sangre de un Dios.

El demonio me habrá asustado sí con sus conquistas, pero no me ha convencido de su poder; así que ¡adelante! contra él y por Cristo para vencer y ser salvos!

Las contrariedades son pruebas necesarias; las tentaciones son medios para alcanzar victorias perdurables. Las palabras del demonio son promesas paradisiacas. El es el eterno vencido y Cristo Dios el vencedor inmortal.

J.

Consideremos a los difuntos como ausentes; pensando así no nos engañaremos; les hemos dejado marchar primero, ya los encontraremos.

Séneca.

Acusación injusta

El señor marqués de la Viesca, en su discurso sobre el problema de Marruecos, en el Congreso, dirigió al Clero castrense ataques que están en la memoria de todos.

Lamentamos tanto más estos ataques cuanto que los ha dirigido persona de solvencia moral, bien intencionado y competente.

El Señor Martínez Campos procedió sorprendida su buena fé y desde luego con ligereza y con falta de lógica. No es lícito generalizar y hacer extensivo a todos, o casi todos, a la colectividad, abusos individuales cuya posibilidad y aun cuya existencia no negamos, aunque no tenemos noticia cierta de ninguno de ellos.

A las censuras del señor marqués de la Viesca oponemos las realidades siguientes:

Ni una sola de las unidades combatientes en Africa sale a operaciones sin que con ella vaya el propio capellán.

Hace poco más de un año la única víctima del Regimiento del Serrallo fué el capellán señor Palacios, que murió heroi-

camente en su puesto. Recientemente se ha abierto juicio contradictorio para adjudicar la laureada al capellán Sr. Moya.

De julio acá sucumbieron en su puesto de Zeluán el capellán señor Matellán, y en Monte Arruit el señor Campoy, también capellán castrense.

Recientemente ha merecido el clero que está en la guerra una calurosa felicitación del comandante general, marqués de Calvalcanti.

En el combate de Nador y Segangan hubo que hacer muchos enterramientos.

El personal escaseaba y la urgencia era grandísima.

Las autoridades pusieron los medios para enterrar a los héroes; pero se encontraban dificultades.

En tal situación acudieron al dignísimo Teniente Vicario, don Vicente Mazas, para que viera la manera de resolver el asunto. Inmediatamente enteró a los presbíteros y religiosos soldados de la comisión que le habían encargado, y éstos unánimes se pusieron a la disposición del señor Teniente Vicario para ejercer ellos mismos la misericordiosa y patriótica obra de enterrar a los héroes que sucumbieron en el campo de batalla.

Pocos momentos después, dice una crónica de don Pedro Gabilán, el cementerio se hallaba invadido por gran número de sacerdotes y religiosos que, ofreciendo un heroico gesto, se aprestaban a comenzar tan caritativa obra, aunque para ello tuvieran que sufrir gran violencia y sacrificio. No citaré nombres para evitar una mortificación a estos valientes; pero sí diré que todos emularon santamente en tan cristiana tarea: sacerdotes, jesuitas y salesianos; hermanos de la doctrina cristiana y maristas, y hasta un religioso de los Sagrados Corazones. Allí, en medio de tan macabro espectáculo, daba alegría al ver la fraternidad tan íntima que entre todos reinaba, fraternidad verdadera y sólida, que tiene su base en la caridad de Cristo.

El hedor era casi inaguantable, al abrir el depósito, algunos sufrieron un ligero desmayo. Pero sobreponiendo la fortaleza del espíritu a la debilidad de la carne, continuaron adelante.

Algunos curiosos observaban a respetable distancia, con la nariz tapada deshaciéndose en elogios.

Primeramente hubo necesidad de desnudarlos a casi todos los desgraciados héroes para identificarlos antes de darles sepultura; luego acomodar los cuerpos deformes en las cajas, y, finalmente, llevarlos a su última morada.

Lo más difícil de todo era la identificación, pues algunos estaban completamente destrozados por los efectos de las granadas; pero en esta tarea se excedió de una manera admirable el bondadoso hermano Pedro Alonso Urbina, de la Compañía de Jesús; quien se hizo acreedor a los elogios de todos ejecutando obras que es imposible traspasar al papel.

Después de esta enojosa preparación, comenzó el sepelio de los cadáveres, y aquí fué la nota sublime y conmovedora.

Los féretros iban conducidos a hombros de los presbíteros y religiosos, los cuales durante el trayecto rezaban salmos y oraciones por los que habían ofrendado sus vidas en aras a la patria.

El silencio y la majestuosidad del triste lugar aumentaban las ansias de elevar al cielo fervientes plegarias; por otra parte el imponente acto hacía llorar a los más sensibles.

Esto hacen los presbíteros y religiosos soldados; sirva de admiración a los buenos y de confusión para sus detractores.

De Monte Arruit tenemos las mismas noticias, distinguiéndose sobre todos el Padre Revilla, que se cita por todos con elogio.

LOS LUTOS

En «Los honores de la Corte», libro escrito por Allenor de Poitiers en 1435, se dice que el rey de Francia vestía «de rojo» cuando estaba de luto.

Esta moda fué adoptada más tarde en España.

Hacia la segunda mitad del siglo XV, los príncipes de la sangre vestían de negro para asistir a los funerales de los reyes, pero una vez terminados los oficios, piníanse trajes de color de púrpura, que debían usar hasta la terminación del luto.

En Siria se lleva el luto de azul celeste.

En Egipto, color de hoja seca o amarillento.

En Etiopía, blanco o ceniciento.

En la India, encarnado muy vivo.

En la China, azul muy oscuro.

En Europa, América, Japón, etc., negro.

¿Cuál es la causa de esta desconformidad en los colores?...

El luto de color «azul celeste» denota el lugar o sitio que se desea para los muertos.

El «hoja seca» representa el fin de la vida, porque las plantas cuando se marchitan o mueren se vuelven amarillentas.

El «ceniciento» representa el color de la tierra del sepulcro.

El «blanco» la pureza de vida del difunto.

El «encarnado» el fuego en que se consumió la vida del difunto.

El «azul oscuro» el color del quinto cielo, a donde quieren ir los elegidos.

El «negro» la privación de la luz y la vida.

MASCAGNI Y EL NAPOLITANO

I.

(Para los músicos que el día 22 celebrarán la fiesta de su Patrona Santa Cecilia.)

Cuentan del célebre compositor Mascagni, que paseando un día por las calles de Nueva York, adonde había ido a dirigir la representación de sus óperas, oyó que un organillo asesinaba con alevosía su «Cavallería Rusticana», y no porque el instrumento no la ejecutase con fidelidad, sino porque el nápoli que lo manejaba lo hacía tan tórpemente, que los *adagios* llevaban marcha de *allegro furioso* y viceversa.

Compadecido de los lamentos de su hija, acudió el buen padre en su socorro, y dirigiéndose al inconsciente verdugo, le dijo, lanzando una enérgica interjección en el más puro toscano:

—Per Bacol... deme ese instrumento; ¡yo le voy a enseñar cómo se toca «Cavallería»!...

Posesionado Mascagni de la manivela orgánica, empezó a manejarla tan magis-

tralmente, que el nápoli no salía de su asombro...

—¡Ah, señor...—dijo llorando de emoción—sólo Mascagni puede tocar así!

—¿Conoces a Mascagni?
—No le conozco; pero he oído decir que es un gran maestro. Seguramente usted le debe haber oído en el teatro, ¿cierto?—prosiguió.

—¿En el teatro?... ¡Oh, mucho antes! La oí desde el primer día en que la compuso Mascagni; mas aún, cuando la estaba componiendo era yo quien la escribía...

—¿Entonces usted es su secretario?...

—¡*Altro* que su secretario!
Y sin aguardar réplica, le alargó su tarjeta, diciendo:

—Aquí tiene mi dirección; mañana le espero.

Volvió las espaldas y se alejó a grandes pasos.

Cuando el organillero le perdió de vista, su primera idea fué leer la tarjeta que el desconocido le acababa de entregar.

Su asombro rayó en lo indescriptible cuando vió que había estado hablando nada menos que con el mismísimo autor de «Cavalleria».

—¡*Madonna*...—exclamó delirante de gozo—he estado hablando con el gran Mascagni!...

II.

A la mañana siguiente, el nápoli, provisto de su organillo, deteníase a la puerta del hotel en que se hospedaba el maestro.

Este, que le había estado esperando, salió a recibirle, manifestándole su agradecimiento por la visita.

—¡Ah, señor... bien decía yo que sólo Mascagni era capaz de tocar «Cavalleria» tan bien como usted!—exclamó aquél todo emocionado.—¡Quién me hubiese dicho que yo habría de conocer a ese genio de la música!

Se dió principio a la lección. Los transeuntes comenzaron a detenerse atraídos por lo curioso del espectáculo, aumentando considerablemente su número cuando se dieron cuenta que el que manejaba el organillo era Mascagni en persona.

Fué tanta la aglomeración, que en breves momentos la avenida del hotel se había puesto intransitable.

Al terminar, el maestro le estrechó efusivamente la mano, y su compatriota, de puro conmovido, se echó a llorar...

III.

Y cuentan las crónicas que al día siguiente se paseaba nuestro nápoli por las calles de Nueva York, tocando «Cavalleria Rusticana», y enarbolando sobre un palo este letrero:

«¡DISCIPULO DE MASCAGNI!»

Juan Martínez Vargas.

La pompa de los entierros más interesa a la vanidad de los vivos que a la memoria de los muertos.

La Rochefoncauld.

CHARLA

—Chacho, ya puedes estar orgulloso; te han recibido los del pueblo como si fueses un general.

—Sí que estoy contento y orgulloso y deseando sanar del todo de esta herida para volver a meter mano a esos moros

cochinos y traidores, que han hecho con nuestros hermanos perrerías.

—¿Pero es de veras que deseas volver?
—Y tan de veras. Si hubieseis vosotros estado allá ya me diríais.

—Pues tus padres no tienen ganas de volver a verte emprender el viaje.

—Sólo por ellos lo siento; son ya viejecitos y ¡me quieren tanto!

—¡Quédate!... no seas tonto.

—Ni quiero ni puedo. El patriotismo bien aprendido en los campos africanos se me ha metido muy adentro del corazón y me domina hasta tal punto que sólo peleando por la patria se encuentra algo calmado, así que estoy orgulloso de esta herida.

—Cuando te tocó la hora de marchar por primera vez bien demostrabas tu disgusto.

—Entonces no sabía ni había visto lo que luego ví. Conmigo iban muchos de cuota y voluntarios, señoritos de todas castas que nos animaban con sus entusiasmos. Y allí en la guerra peleando contra el moro buscaban todos ponerse en primera línea para pelear mejor con aquellas fieras que vilmente y a traición asesinaron a tantos hermanos nuestros!

Y luego yo veía que el que caía herido no sentía la herida sino el temor de ser retirado del campo de batalla como inútil ya.

¿Conoceis bien vosotros a Paco el sindicalista?

—Hombre, ya lo creo.

—Pues ese tan bien se portó en defensa de España que está propuesto para la laureada.

—¡Recontra!

—Ah, es que el ejemplo de nuestros jefes, siempre bravos y en primera línea, arrastra, y los colores de nuestra bandera también sujestionan hasta el punto que no ve uno el peligro con tal de seguir de cerca ese símbolo bendito que aquí vosotros y yo antes llamábamos trapo. ¡Qué más! el diputado Indalecio Prieto bien sabréis que fué de los primeros en gritar ¡viva España! cuando entramos en Nador.

—¿Te tocó a ti esa chamusquina?

—Como que fué donde caí herido. Aún me tocó ver, llorando de gozo en medio de sus dolores, a jefes y soldados abrazarse como iguales.

Lo que es esta vez tenemos unos generales más que Napoleón y que Prim.

—*Balanguer* ¿eh? ¡Qué hombre! Y *Cavalcanti* con lo que hizo.

—*Balanguer* y *Cavalcanti* y *Sanjurjo*, no hay más allá. Entran ganas de aplaudirles hasta el día del juicio.

—¡Así da gusto!

—Así se pelea y se gana cuanto hay que ganar.

—Y así corren los moros.

—¿Correr? ¡Si los viérais! Al principio muy osados se atrevían con nosotros. Os advierto que nos veíamos negros para rechazarles, pero ahora ellos dicen que nunca pensaron que España pudiera tanto; quieren someterse, pero no, duro con ellos.

—Claro, estaban acostumbrados a tantas complacencias y debilidades... Oye y esos del Tercio ¿son tanto como dicen?

—Más de lo que dicen. Los moros les temen atrocemente: los llaman los *chacales*. Yo les he visto pelear y, podeis creerme, me dieron miedo, lo que no me daban los moros. Y luego la sangre fría que tienen ¡en lo más recio del combate cantan y se dicen chistes.

—Son los mismos demonios.

—Han caído la mar de simpáticos y a nosotros nos han servido de excelentes

maestros de bravura y de gran defensa.

—Y a tí cuando caiste herido ¿te cuidaron bien?

—Como si estuviera en mi casa. Aquellas señoras de la alta aristocracia y aquellas monjas son madres de verdad; en cada soldado ven un hijo y así lo cuidan.

No me volvais a hablar más en contra de las monjas ni de esas señoras, porque las defenderé siempre a bofetada limpia, aquí y en todas partes.

—Es que algunas veces rebuznamos por que los maestros que nos hemos echado no nos enseñaban otra cosa.

—Esta guerra ha venido a enseñarnos muchas cosas que debíamos de saber para ser hombres razonables.

Nos ha enseñado a amar a la patria llamándonos fuera de ella, donde se la insulta, y nos ha enseñado a creer en la religión que veníamos despreciando como imbéciles.

—¿También te has hecho beato?

—También. ¿Veis esta medalla tan estropeada?

—¡Tú con una medalla al pecho!...

—Sí, yo con esta medalla que me puso mi madre al marchar y que quise devolverla burlándome de su credulidad en *cachitos de metal*. Pues bien, al empezar el ataque a Nador el primer tiro que recibí en el pecho lo detuvo esta medallita y ¡salvé! No sabeis lo que me conmovió aquello. Seguí luego más confiado y cuando caí herido y no leve como veis por las trazas, pedí a la medallita venir a ver a mis padres para decirles de palabra lo que el *cachito de metal* me valió, y la pedí más, que me salvara de mi herida. Aquí me tenéis.

—¿Perderás el brazo?

—¡No! el médico me lo aseguró y como os dije antes, pienso volver a la guerra, porque quiero ser héroe de mi Patria tanto como antes fuí tormento de su tranquilidad con mis locuras de rebelde.

—Bueno, chico, pues ¡viva España!

—¡Viva! Oye tú, Angel, ¿por qué lloras?

—Por que si no fuese cojo me iba contigo voluntario. ¿Si me quisieran para algo?

—Hombre, aunque no sea más que para espantar aquellas moscas condenadas y matar las pulgas... ¡Son los únicos enemigos a los que no podemos vencer.

—Pues para eso iría, con tal de ser útil en algo allí a los que luchais.

—Ya se lo diré al general, y puede que... Vaya, compañeros, voy a retirarme, el dolor del brazo empieza a ponerme nervioso; voy a que mi viejecita me lo cure como ella sabe y como sabían aquellas otras madres de allá.

Por si quereis algún recuerdo de la guerra ahí os va ese papelito, para que lo copieis; es una copla que cantábamos en el campamento:

«Mi viejecita me dijo al venirme aquella tarde:

—No lo olvides nunca, hijo,

antes muerto que cobarde.

Ya verán esos cobardes

cómo pagan su traición.

Ha de costarles cien vidas

La vida de un español.

Las mujeres españolas

lloran en las despedidas

y nos dicen al oído:

«da por España tu vida.»

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. J. A.—P. de Mallorca.—Pagó 1920
Sr. D. E. T. R.—Pamplona.—Id. fin 1921

